

cuando apareció un buho ó *Tecolote*, batió sus alas y la reunión se disolvió amedrentada.

El *Tecolote* graznaba, imitando una especie de carcajada y ofrecía á los conjurados aparecérselos una de estas noches en alguna redaccion: ¿cuál será? Si el lector quiere saberlo, compre el número 2 del *Tecolote*, y quedará enterado por el curvo-pico de la

Lechuza.

FANTASEOS.

Hay en el *Siglo* un Montiel
Tan *ansina* y tan aquel,
De tan grande erudicion,
Que con su Emilio Velasco
Logrará que no haga fiasco
Lo nueva revolucion.

Los Porfirios y Negretes
¿Qué son sino mozalvetes
Junto á este par de letrados?
¡Filósofos moralistas!
Hoy son oposicionistas
Porque no son diputados.

Un Pepe Rivera y Rio
Que causa hasta calosfrío
Su modo de perorar,
Y que á las gentes curiosas
Dice en inglés unas cosas
Que son para reventar.

Un señor Lameda Diaz,
¡Cristo de las Agonías!
Hombre de tanto valer,
Que su voz dulce y serena
Casi ni suena ni truena
Sino adonde es menester.

Son estos cuatro señores
Aves de siete colores
Que buscan un cielo azul,
Donde tenga su existencia
Un premio: la presidencia,
La cartera ó la curul.

¿Quién dijera, Dios piadoso,
Que Velasco, aquel fogoso
Y sempiterno ORADOR,
Fuera despues, ¡oh martirio!
Del general Don Porfirio
Partidario y defensor?

¿Quién mirando al distinguido,
Ilustre y reconocido
Jurisconsulto Montiel,
Habria necio asegurado
Que aplaudiria entusiasmado
El plan del caudillo aquel?

¡Y Pepe Riveral! ¡El bravo
Que hizo de Apolo su esclavo
Cantando endechas de amor!
Ha apagado sus luceros
Y hoy lanza sus reverberos
Al nuevo Cid Campeador.

Y Lameda? Ese se queda
Sin comentarios; Lameda
No ha de causar ningun mal:
Alma tan noble y sencilla
No turba en su gacetilla
A la causa nacional.

Y de estos que son los buenos
Entre los propios y agenos
No inspiran ningun temor;
Que serian en la pelea
Los *otios* de su ralea.
Los géneos del *Monitor*.

A Montiel le dió una fiera
Zurribamba, Talavera,
Dándole cólera tal,
Que ha de hacer, si Lerdo pierde,
Incendie con leña verde
La *Iticista Universal*.

Y el político rehacio
Pancho Gómez del Palacio,
¿Yo no lo puedo juzgar!
Es tan grande esa figura
Que mi lira es muy oscura
Para poderle cantar.

Gómez del Palacio un dia
A la Cámara venia
Dando de rabia traspies.
Nadie comprendió su pena
Y se ahorcó con su melena,
Y se ahogó en bilis despues.

Sigan todos escribiendo
Y comentando y diciendo
Mil cosas á su sabor. . . .
Ya los sigue *El Tecolote*,
Y en medio de tanto zoto
Alza el vuelo sin temor.

El Muretelago.

HISTORIA LUGUBRE.

(Memorias de una campaña.)

Es el caso que el juéves último caminaba tranquilo á su taller un artesano satisfactoriamente convencido de su honradez y dispuesto á probarla si alguien hubiera osado contra ella. En aquellos momentos, un guarda que permanecía impasible, sentado en la esquina de la calle de Ortega, recordó sin duda la misiva bien peligrosa que tenia encomendada, de llevar al gobierno del Distrito su cometido (vulgo leva), y como pasara entonces aquel ciudadano pacífico, le asaltó, asiéndole del brazo, á la vez que noticiándole alguna complicidad en un robo que nunca se habia hecho. Como es de suponerse, esta revelacion ignorada para el buen paisano le indignó de tal modo, que separó de sí al compañero, que no fué su voluntad precisamente la que lo aceptó, dándole tan soberana tunda de bofetadas, que el guardian del órden, usando de su derecho y de su pito, pidió auxilio á los inmediatos, los cuales ocur-

rieron mucho tiempo despues al lugar del siniestro, en donde armados de un valor de acero, acometieron ferozmente contra aquel que con justicia y en propia defensa habia reñido contra el que así ultrajaba su honra y coartaba su libertad.

No faltó alguna voz borrachi-femenil que animara los espíritus de los que presenciaban el acto, é hiciese que intrépida y escandalosamente se arrojasen á arrancar de las manos de sus verdugos al desgraciado que habia caído en tierra, bañado en sangre por las puntas envenenadas de ignorancia de los subditos del Gobernador; y tomando piedras unos y fuerzas los otros, se organizó instantáneamente una columna que cargó con asombro y bizarría hasta desalojar de sus posiciones al enemigo que se replegó á la esquina de las Damas en número de doce guardas y cuatro cabos *bien montados y armados*, quienes despues de sostener con sus duras cabezas un nutrido pedrerio, huyeron vergonzosamente, dejando en poder del pueblo (de la calle de Ortega) dos heridos, dos prisioneros y un sable que su dueño (guarda) abandonó en su carrera salvadora.

Despues de este glorioso triunfo, llamaremos de los artesanos, y á la hora que se levantaba el campo por éstos, de todas las fuerzas que concurrieron al combate, solo los heridos que no pudieron correr, se encuentran presos en el cuartel general de la Diputación, á disposicion del gobernador.

No hubo allí cotas de malla
Ni heroicidad, ni grandeza,
Y hoy queda en cada cabeza
El *cróquis* de la batalla.

GRAZNIDOS.

Circulan por esos raudos ciertos periodiquillos que á falta de buenos artículos se han propuesto publicar buenas sandeces. Esto no lo decimos por algunos diarios gobiernistas que tienen bien sentada su reputacion de sandios (no hablamos del *Constitucional*) sino por otros de oposicion sistemática que estan empeorando la causa (no hablamos del *Combate*.) Hemos visto un número que apareció con el retrato del C. general Porfirio Diaz, que aparte del retrato (que parece hecho en Palo Blanco y retocado en la Noria) trae varios articulejos dignos de Perez Jardón (gobiernista) ó de Tancredo (oposicionista.)

El redactor del *Combate*
Tan prudente como manso
Tiene una pluma. . . de ganso
Y unas alas. . . de petate.

La Voz de México está rabiosa porque los *republicanos* (para ella los *léperos*) hayan tratado con familiaridad á D. Carlos de Borbon.

Es de saberse que los redactores de la *Voz*, viejos fósiles contemporáneos de la Inquisi-